

## Sófocles

### EDIPO REY

#### PERSONAJES

EDIPO  
SACERDOTE  
CREONTE  
CORIFEYO  
CORO DE CIUDADANOS DE TEBAS  
TIRESIAS  
YOCASTA  
MENSAJERO DE CORINTO  
CRIADO  
CRIADA TEBANA

EDIPO Hijos, reciente descendencia del antiguo Cadmo, ¿por qué adoptáis esta actitud, coronados con ramos de suplicantes? Además, la ciudad está colmada de incienso a la vez que de peanes y gemidos. Por no estimar justo informarme a través de otros mensajeros, he venido aquí, hijos, en persona, yo, el por todos llamado ilustre Edipo. Habla pues, anciano. Te corresponde hablar en nombre de éstos. ¿Por qué adoptáis esta postura? ¿Por temor o por deseo de algo? Mi deseo es socorreros en todo, pues me mostraría insensible si no me apiadara ante una súplica como ésta.

SACERDOTE Oh Edipo, soberano de mi tierra, ves con qué edades tan dispares nos arrodillamos ante tus altares. Unos aún no tienen vigor para volar lejos; otros somos sacerdotes abrumados por los años –yo, lo soy de Zeus–; éstos de ahí son los mejores de nuestros jóvenes. El resto, coronado con ramos de súplica, postrado está en las plazas, tanto junto a los dos templos de la diosa Palas como al de Apolo, a orillas del Ismeno, altar de proféticas cenizas. Pues la ciudad, como tú mismo ves, está en exceso agitada y no puede alzar la cabeza de los abismos del sangriento oleaje; se consume en los feraces frutos de sus campos, se consume en los rebaños que pacen y en los estériles alumbramientos de sus mujeres. El dios que lleva el fuego, la peste odiosa, azota impetuoso a la ciudad y el negro Hades atesora lamentos y gemidos. No porque te igualemos a un dios nos presentamos ante ti como suplicantes estos jóvenes y yo, sino porque te consideramos el primero de entre los mortales en los avatares de la vida y en los sucesos procedentes de los dioses, a ti que, llegado a la ciudad cadmea, nos liberaste del tributo que pagábamos a la cruel cantora, y esto sin haber recibido información ni instrucciones de nosotros, sino con la ayuda de un dios, según se dice y se cree, que enderezó nuestra vida.

Pues bien, también ahora, Edipo, el más poderoso a juicio de todos, hálmanos algún remedio, te suplicamos vueltos todos hacia ti, bien por haber oído la voz de algún dios, bien por conocerlo a través de un mortal, pues sé que el éxito se sustenta sobre todo en el consejo de hombres con experiencia. Tú, el mejor de los hombres, endereza la ciudad, protégela, pues esta tierra te proclama su salvador por tu celo de antaño. Haz que jamás nos acordemos de tu reinado como de un tiempo en que nos pusimos en pie y luego caímos: endereza esta ciudad de modo firme. Con felices auspicios en otro tiempo nos proporcionaste fortuna: compórtate de igual forma ahora. Así, si has de guiar esta tierra de la que ahora eres señor, mejor es hacerlo con hombres que vacía, pues nada es ni una ciudad fuerte ni una nave sin los hombres que la ocupan.

EDIPO Hijos desdichados, me es conocido aquello que buscáis. Bien sé que todos sufrís y, aunque sufráis, no hay ninguno que sufra igual que yo, pues vuestro dolor recae sobre cada uno; en cambio mi corazón sufre por toda la ciudad, por mí y por vosotros al mismo tiempo. Por ello, no me habéis despertado de mi sueño; estad seguros de que he vertido muchas lágrimas y he recorrido muchos caminos en mi mente. El único remedio que he encontrado, tras mucho meditar, lo he puesto en práctica: al hijo de Meneceo, a Creonte, mi propio cuñado, lo he enviado al templo de Apolo Pítico para que se informe de qué puedo hacer o decir para salvar a esta ciudad. Al calcular el tiempo transcurrido, me inquieta lo que pueda haberle ocurrido, pues está ausente más tiempo del normal, más de lo conveniente. Pero, cuando llegue, sería yo un malvado si no hiciera cuanto haya manifestado el dios.

SACERDOTE Oportunamente hablaste, porque éstos me hacen señas de que ya se aproxima Creonte.

EDIPO Soberano Apolo, ojalá venga con una noticia salvadora, comparable al resplandor de sus ojos.

SACERDOTE A lo que se ve, trae buenas nuevas; en otro caso no vendría así, con una corona de laurel.

EDIPO Pronto lo sabremos, pues está a una distancia desde la que puede oírme. Cuñado mío, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta nos traes de parte del dios?

CREONTE Una excelente, pues afirmo que incluso las desdichas, si consiguen un feliz final, pueden convertirse en ventura.

EDIPO Pero ¿cuál es su respuesta? Pues, por lo que hasta ahora has dicho, ni estoy confiado ni temeroso.

CREONTE Si deseas oírla delante de éstos, estoy dispuesto a hablar, mas si quieres, entremos dentro.

EDIPO Habla en presencia de todos, pues mayor pesar tengo por ellos que por mi propia vida.

CREONTE Te diré cuanto escuché del dios. El soberano Febo nos ordena con claridad expulsar del país la infección criada en esta tierra, y no alentarla hasta que se haga incurable.

EDIPO ¿Con qué rito purificadorio? ¿Qué tipo de mal es?

CREONTE Desterrando al culpable o vengando la muerte con la muerte, porque esta sangre es la que trae el temporal a la ciudad.

EDIPO ¿Y a la muerte de qué hombre se refiere?

CREONTE Señor, en otro tiempo fue Layo soberano de nuestra tierra, antes de que tú gobernases esta ciudad.

EDIPO Lo sé de oídas, pues nunca lo vi.

CREONTE Muerto éste, ahora nos ordena el dios con toda precisión que se castigue a los culpables.

EDIPO ¿En qué tierra están ellos? ¿Dónde se encontrará el oscuro rastro de ese antiguo crimen?

CREONTE En esta tierra, dijo. Lo que se busca es posible encontrarlo, en cambio se pierde aquello de lo que uno se despreocupa.

EDIPO ¿Fue en palacio o fue en el templo en donde Layo halló la muerte? ¿O fue en tierra extranjera?

CREONTE Marchó a visitar el santuario de Delfos y ya nunca volvió a casa.

EDIPO ¿Y no lo vio algún caminante o algún compañero de viaje cuyas palabras pudieran servirnos?

CREONTE Han muerto todos, salvo uno que huyó espantado y, de lo que vio, no supo decir más que una sola cosa.

EDIPO           ¿Cuál? Pues una sola podría ser el camino para enterarnos de otras muchas si consiguiéramos una ligera base para nuestra esperanza.

CREONTE       Dijo que se toparon con él unos bandidos y que le dieron muerte.

EDIPO           ¿Y cómo los bandidos, a no ser que hubieran sido sobornado desde aquí, habrían llegado a tal extremo de osadía?

CREONTE       En eso se pensó, pero, muerto Layo, no surgió nadie que lo vengara en medio de nuestras desgracias.

EDIPO           Caído de este modo el soberano, ¿qué desgracia os impidió descubrir esto?

CREONTE       La enigmática Esfinge nos llevaba a lo que teníamos ante nuestros pies, dejando de lado lo oscuro.

EDIPO           Pues yo voy a aclararlo todo desde el comienzo. Febo tiene toda la razón, y tú también, al preocuparos del muerto, de modo que con justicia me veréis como aliado defendiendo esta tierra a la vez que al dios. Y no por amigos lejanos, sino por mí mismo alejaré esta impureza, pues quienquiera que fuese el que lo mató, quizás quiera atentar contra mí con igual violencia. Por consiguiente, al ayudar a Layo también me ayudo a mí mismo. ¡Hijos, levantaos y recoged esos ramos de suplicantes! Que alguien convoque aquí al pueblo de Tebas. Yo haré cuanto esté en mi mano. Con la ayuda del dios, o salimos victoriosos o pereceremos.

SACERDOTE     Hijos, levantémonos, pues vinimos aquí en busca de lo que Edipo nos promete. Ojalá Febo, que ha enviado esta profecía, venga a salvarnos y a poner término a la peste.

CORO           *Oh dulce voz de Zeus,  
¿qué te trajo de la dorada Delfos  
hasta la ilustre Tebas?  
Aterrado estoy, tiembla de miedo mi angustiado corazón,  
Apolo Delio.  
Siento temor por tu causa: ¿Qué nueva obligación nos envías?  
¿O acaso nos repites un mal de antaño?  
Dímelo, hija de la áurea Esperanza, voz inmortal.  
Te invoco la primera,  
inmortal Atenea;*

*luego a nuestra patrona,  
la ilustrísima Ártemis;  
y al flechador Apolo.  
Venid, protectores de la muerte  
Si, amenazando antaño la desgracia,  
desterrasteis la llama del dolor; venid también ahora.  
¡Ay de mí! Sufro dolores incontables.  
Todo mi pueblo está enfermo  
y no hay arma de la mente con la que defenderlo.  
Ni los frutos de la tierra maduran  
ni en los partos soportan las mujeres los dolores:  
a uno tras otro puedes ver lanzarse,  
como a un pájaro alado,  
más rápido que el fuego incontenible  
hacia la orilla del dios sombrío.  
La ciudad muere en número infinito;  
propagando la peste, yacen sus hijos en el suelo  
sin piedad; las viudas y las encanecidas madres  
lloran en los altares, suplicantes,  
por sus funestos dolores;  
brilla el peán, brilla la voz que gime  
al compás de la flauta.  
Envíanos, dorada hija de Zeus,  
tu ayuda. Envíanosla.*

EDIPO           Ante vosotros, la totalidad de los tebanos, proclamo lo siguiente: a quienquiera que de entre vosotros sepa a manos de qué hombre pereció Layo, hijo de Lábdaco, a ése le suplico que me lo revele todo; y, si tiene miedo, que aparte de sí la acusación, pues no sufrirá ningún daño, sino que se alejará indemne del país. Y si alguien sabe que el asesino es de otro país, que no calle, pues le pagaré una recompensa y contará además con mi agradecimiento. Pero si calláis, si alguien por temor aparta de un amigo o de sí mismo esta orden, es preciso que escuchéis lo que haré a propósito de ello. Ordeno públicamente que a ese hombre nadie de este país, cuyo poder y trono ocupo, le acoja; que nadie le dirija la palabra, que no participe en las súplicas y sacrificios a los dioses ni se le admita en las purificaciones; que todos lo aparten de sus casas, como impureza que es

para todos nosotros, ya que así me lo acaba de revelar el oráculo del dios Apolo.

Tal aliado soy para el rey muerto y para el dios de Delfos; y maldigo al culpable, sea uno o alguien en compañía de varios: ¡que ese infame pierda, de forma infame, su vida miserable!

Y pido que, si compartiera mi hogar en palacio sin saberlo yo, sufra también las maldiciones que acabo de pronunciar. Y a vosotros os conmino a que cumpláis todo esto por mí, por el dios y por este país, que se consume sin frutos y sin dioses. Pues aunque el asunto no hubiera sido ordenado por un dios, tampoco sería natural que, habiendo muerto un hombre excelente, vuestro soberano, lo dejaseis sin expiación; habrías debido emprender investigaciones.

Pero en el presente, ya que yo gobierno con el poder que él tenía antes y tengo su lecho y la mujer que ambos hicimos nuestra, e incluso tendría común descendencia de hijos comunes si no se hubiera malogrado su linaje -en verdad sobre su poder se precipitó la mala suerte- por todo esto, como si de mi propio padre se tratara, lo defenderé y llegaré hasta el final para capturar al autor de la muerte del hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro, biznieto de Cadmo y tataranieto de Agenor, ¡a Layo!

Y suplico a los dioses que, a quienes no cumplan esto, no les broten cosechas de la tierra, ni hijos de sus mujeres, sino que perezcan de esta peste o de otra peor aún.

Y a vosotros, los demás tebanos a quienes esto os parece justo, que la Justicia sea vuestra aliada y estén eternamente con vosotros todos los dioses.

CORIFEEO Obligado por tus imprecaciones, voy, señor, a contestarte. Ni he matado a nadie ni puedo mostrarte al asesino. En cuanto a esta búsqueda, correspondía a Febo, que la ha dirigido, decir quién fue el culpable.

EDIPO Bien has dicho, pero ningún hombre podría obligar a los dioses a lo que no quieren.

CORIFEEO Voy a decirte lo que, en segundo lugar, me parece mejor.

EDIPO Incluso si es en tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORIFEEO Sé que Tiresias es quien, antes que nadie, ve lo mismo que el dios Apolo; si investigáramos el caso con su ayuda, sería la mejor forma de aclararlo.

EDIPO Tampoco he dejado esto sin hacer; a instancias de Creonte le he enviado dos mensajeros; ya debían de haber llegado.

CORIFEEO En verdad, el resto son historias oscuras y antiguas.

EDIPO ¿Cuáles son? Pues examino cualquier historia.

CORIFEEO Se dijo que murió a manos de unos viajeros.

EDIPO También yo lo he escuchado, pero nadie conoce al que los vio.

CORIFEEO Si tiene algo que temer, no se habrá quedado quieto tras oír tus maldiciones.

EDIPO Quien no tiene temor al obrar, tampoco tiene miedo a las palabras.

CORIFEEO Pero hay quien lo delatará, pues éstos traen ya hacia aquí al divino vidente, el único de entre los hombres para quien es innata la verdad.

EDIPO ¡Oh Tiresias, que todo lo ves, lo que puede decirse y lo secreto, lo celestial y lo terrenal! Aunque no ves, sabes qué enfermedad padece esta ciudad. A ti solo, señor, te hallamos para protegerla y salvarla.

TIRESIAS ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es saber cuando no reporta beneficio a quien lo sabe! Bien sabía yo esto, mas lo olvidé; no debería haber venido aquí.

EDIPO ¿Qué sucede? ¡Con qué desánimo has llegado!

TIRESIAS Déjame que vuelva a mi casa; pues mejor llevarás tú lo tuyo y yo lo mío, si me haces caso.

EDIPO Ni justas ni favorables para la ciudad que te ha criado son tus palabras, si nos niegas tu vaticinio.

TIRESIAS Tampoco veo que tus palabras sean oportunas; así que para que no me suceda a mí lo mismo...

EDIPO Por los dioses, no te des la vuelta si lo sabes. Todos ante ti nos postramos en actitud de súplica.

TIRESIAS Estáis todos locos; yo nunca revelaré mis males con tal de no decir los tuyos.

EDIPO Malvado entre los malvados, capaz serías de irritar a una piedra. ¿No hablarás ya? ¿Te seguirás mostrando tan inflexible? En verdad, de lo encolerizado que estoy no omitiré nada de lo que sé. En mi opinión, tú has maquinado

y ejecutado el crimen, aunque no lo realizaras con tus manos. Y si pudieras ver, diría que era obra sólo tuya.

TIRESIAS ¿De verdad? Te conmino a que te atengas a la proclama que proferiste: que a partir de este día, ni yo ni éstos te dirijamos la palabra, porque eres el impuro mancillador de esta tierra.

EDIPO ¿Con qué desvergüenza has proferido estas palabras? ¿Dónde crees que podrás refugiarte?

TIRESIAS Estoy ya a salvo: llevo en mí la verdad, ésta es mi fuerza. Tú eres el asesino, el hombre que tratas de encontrar.

EDIPO No me insultarás por segunda vez con tanta alegría.

TIRESIAS ¿He de decir otras cosas, para que te encolerices más aún?

EDIPO Di lo que deseas, pues será dicho en vano.

TIRESIAS Afirmo que, sin darte cuenta, con tus seres más queridos tienes tratos vergonzosos y que no ves en qué grado de desdicha te hallas.

EDIPO ¿Piensas que vas a seguir diciendo estas cosas con impunidad?

TIRESIAS Sí, si algún valor tiene la verdad.

EDIPO Lo tiene, salvo en tu caso. Para ti no existe, pues ciego estás de oído, de pensamiento y de vista.

TIRESIAS Y tú eres un desgraciado al reprocharme lo que todos éstos en breve te reprocharán a ti.

EDIPO Vives en una noche eterna, de manera que ni a mí ni a ningún otro que vea la luz puedes causarnos daño.

TIRESIAS No te hará sucumbir el destino por mediación mía, se basta Apolo para ejecutar esto.

EDIPO ¿Obra de Creonte, o tuya son estas invenciones?

TIRESIAS No te daña Creonte, sino tú mismo.

EDIPO ¡Cuánto rencor se alberga en nuestro seno si por este poder que la ciudad me confió como regalo, sin reclamárselo yo, el leal Creonte, el amigo desde el principio, desea derrocar me atacándome sin dar la cara, tras haber sobornado a este mago marrullero, mentiroso embaucador, que tiene vista sólo para el dinero, pero es ciego en su arte!

Vamos, dime. ¿En qué ocasión resultaste un adivino certero? ¿Cómo, cuando estaba aquí la perra cantora, no

comunicaste a estos ciudadanos algo que les liberase? En verdad descifrar el enigma no era tarea del primero que llegara, sino que requería arte adivinatorio. Y era evidente que tú no la poseías, ni a través de las aves ni por saberlo gracias a algún dios. En cambio yo, Edipo, llegué y, sin saber nada, acabé con ella; lo logré con mi inteligencia, sin haberlo aprendido de las aves. ¡Yo, a quien tú intentas destronar, esperando estar cerca del trono de Creonte! Me parece que con lágrimas tú y quien esto ha tramado lo vais a expiar. Y, si no viera que eres un anciano, sufriendo te darías cuenta de lo que has planeado. Me iré entonces. Tú, esclavo, guíame.

TIRESIAS Que te lleve, pues tu presencia me estorba e irrita y, si te alejas, no me causarás más dolor.

EDIPO Me iré tras decir aquello por lo que vine, sin temor a tu persona, pues no tienes forma de destruirme. Te lo vuelvo a decir: Ese hombre al que desde hace tiempo buscas entre amenazas y proclamas como asesino de Layo, ése está aquí; según se cree, es un extranjero, un meteco, pero luego se descubrirá nacido en Tebas y no se alegrará con el hecho. Ciego tras haber sido vidente, mendigo tras haber sido rico, se encaminará a tierras extrañas guiándose con un bastón. Verán todos que es al mismo tiempo padre y hermano de los hijos con los que vive, hijo y esposo de la mujer de la que nació, y heredero del lecho y asesino de su propio padre. Entra en palacio y medita sobre esto; y, si descubres que he mentido, di que no sé nada de profecías.

TIRESIAS ¿Quién es el que dice la profética roca de Delfos que cometió la más inefable de las acciones con asesinas manos?

CORO *Hora es de que en su huida mueva sus pies con más vigor que los caballos raudos como el viento. Armado con fuego y con relámpagos, contra él se lanza el hijo de Zeus, al que acompañan las terribles e implacables Furias. Pues hace poco apareció, centelleando desde el nevado Parnaso, una voz que ordena seguir el rastro del desconocido.*

*Camina por el bosque salvaje, triste y solo en su marcha sola y triste, pretendiendo alejar los oráculos de Delfos. De forma terrible, terriblemente me ha turbado el sabio adivino, al que ni doy crédito ni rehúso creer.*  
*¿Qué contienda hubo entre los Labdácidas y el hijo de Pólipo? Nunca supe nada en que pueda basarme para alzarme contra el nombre de Edipo y vengar una muerte no aclarada.*  
*Pues la alada Esfinge vino contra Edipo y él se mostró sabio y amigo: jamás le acusaré de ningún crimen.*

CREONTE Ciudadanos, al enterarme de las terribles acusaciones que contra mí lanza Edipo, comparezco ante vosotros desolado. Si piensa que en la situación presente ha sufrido algún daño por mi causa, de palabra o de obra, no tengo deseo alguno de vivir más tiempo con esa injuria; pues para mí el castigo de esta acusación es muy grave, si voy a ser considerado malvado en la ciudad por ti y por mis amigos.

CORIFEYO Quizás esa injuria vino provocada más por la cólera que por la reflexión.

CREONTE ¿Lo que se dijo fue que persuadí yo al adivino a pronunciar esas mentiras?

CORIFEYO Eso se dijo, no sé con qué intención.

CREONTE ¿Con aspecto normal y en su sano juicio lanzó esa acusación contra mí?

CORIFEYO No lo sé, pues no investigo lo que hace el soberano. Pero he aquí que sale en persona fuera de palacio.

EDIPO ¡Eh, tú! ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿O es que llega a tal grado tu desvergüenza como para acudir bajo mi techo, siendo a todas luces el asesino de ese hombre y el ladrón manifiesto de mi trono? Habla ya, por los dioses. ¿Fue al ver en mí locura o cobardía por lo que te decidiste a obrar así? ¿O es que pensabas que no iba a descubrir tu plan?

CREONTE ¿Sabes lo que se ha de hacer? Escucha mi respuesta a lo dicho por ti y luego, después de oírme, juzga tú mismo.

EDIPO Hábil eres tú para hablar, en cambio yo soy torpe para entender, pero he descubierto que me eres hostil e insoporable.

CREONTE Escucha primero mi explicación.

EDIPO No irás a decirme que no eres un malvado.

CREONTE Si crees que la obstinación sin reflexión es un don, no estás en tu sano juicio.

EDIPO Si piensas que atentando contra un pariente tuyo no recibirás un castigo, tampoco tú estas en tu sano juicio.

CREONTE Estoy de acuerdo contigo en que has dicho cosas justas. Pero indícame qué sufrimiento dices padecer.

EDIPO ¿Me trataste de convencer o no me trataste de convencer de que enviase a alguien en busca de ese... venerable adivino?

CREONTE Y todavía ahora soy de esa opinión.

EDIPO ¿Cuanto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE ¿Hizo qué? No comprendo.

EDIPO ...desapareció a consecuencia del asesinato?

CREONTE Hace muchos años.

EDIPO ¿Y en aquel tiempo ese adivino ya ejercía su oficio?

CREONTE Con igual sabiduría y prestigio.

EDIPO ¿Me mencionó en aquel tiempo?

CREONTE Jamás, al menos ante mí.

EDIPO ¿Y no efectuasteis ninguna investigación sobre el crimen?

CREONTE Por supuesto, pero no averiguamos nada.

EDIPO ¿Y cómo ese sabio no dijo entonces nada de esto?

CREONTE No lo sé. Respecto a lo que no conozco, prefiero callar.

EDIPO Algo sabes y, si tuvieras buenas intenciones, hablarías.

CREONTE ¿De qué se trata? Pues si lo sé, no lo negaré.

EDIPO Que, si no estuviera confabulado contigo, jamás habría dicho que la muerte de Layo era cosa mía.

CREONTE ¡Tú sabrás por qué afirmas eso! En cuanto a mí, déjame hacerte unas preguntas de la misma manera en que tú me estas preguntando a mí.

EDIPO Pregunta lo que quieras, que no seré hallado culpable de asesinato.

CREONTE ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO No es posible negar lo que preguntas.

CREONTE ¿Gobiernas el país conjuntamente con ella, y con el mismo poder?

EDIPO Cuanto ella desea, de mí lo obtiene.

CREONTE ¿Y no me igualo yo a vosotros dos, en tercer lugar?

EDIPO Por eso mismo has resultado ser un amigo traidor.

CREONTE No, si reflexionas como lo hago yo. Examina esto primero: ¿crees que alguien preferiría reinar con miedo antes

que dormir sin temor, teniendo igual poder? Pues yo no anhelo más ser rey que actuar como rey, ni ningún otro que tenga juicio. Ahora, de ti, obtengo todo sin miedo; por el contrario, si yo personalmente gobernara, haría muchas cosas en contra de mi voluntad. Ahora todos me saludan, todos me reciben con agrado, a mí se dirigen los que desean algo de ti, pues así les es posible conseguir todo. ¿Cómo, perdiendo esto, iba yo a aceptar aquello? Ni anhelo este plan ni me uniría a otro que lo pusiera en práctica.

Y, como prueba de ello, ve a Delfos y averigua si te comuniqué fielmente los vaticinios. Además, si encuentras que yo he conspirado con el adivino, mátame, no sólo con un voto, sino con dos, el tuyo y el mío. Pero por noticias vagas no me acuses, pues no es justo juzgar hombres de bien a los malvados o, al contrario, malvados a los hombres de bien. Yo afirmo que perder un buen amigo es igual que perder la propia vida, que es lo que más se ama. Pero con el tiempo se verá esto con claridad, ya que sólo el tiempo delata a un hombre justo, mientras que a uno malvado es posible reconocerlo en un solo día.

CORIFEEO Bien hablado, señor, por parte de quien no desea caer; sin embargo, los hombres de decisiones rápidas no son seguros.

EDIPO Ya que el que contra mí conspira a escondidas piensa rápido, también yo debo decidir con rapidez. Si aguardo sin hacer nada, sus planes tendrán éxito y los míos fracasarán.

CREONTE ¿Y cuál es tu deseo? ¿Arrojarme fuera del país?

EDIPO De ninguna manera. Deseo tu muerte, no tu destierro, para que sirvas de ejemplo de qué mala cosa es la envidia.

CREONTE Hablas como alguien que no tiene intención ni de ceder ni de creerme.

EDIPO Tampoco cedés tú ante mí.

CREONTE Es que veo que no estás en tu sano juicio.

EDIPO Sí, en lo que me concierne.

CREONTE Pues deberías estarlo también en lo que me concierne a mí.

EDIPO Tú eres un traidor.

CREONTE ¿Y si no entiendes nada?

EDIPO Me debes obediencia en todo caso.

CREONTE No, si gobiernas mal.

EDIPO ¡Oh Tebas, Tebas!

CREONTE También a mí, no sólo a ti, me importa Tebas.

CORIFEEO Cesad, señores, porque veo que, oportunamente, viene hacia aquí Yocasta, con cuya ayuda deberíais poner fin a vuestra disputa.

YOCASTA Desgraciados, ¿por qué habéis comenzado esta insensata pelea? ¿No os da vergüenza discutir vuestras diferencias mientras sufre la ciudad? Entra tú dentro de palacio y tú, Creonte, ve a tu casa, no vayáis a provocar un gran duelo por una tontería.

CREONTE Hermana, Edipo, tu esposo, cree justo castigarme cruelmente, habiendo decidido o expulsarme del país o matarme.

EDIPO Lo reconozco, mujer, pues le sorprendí atentando contra mi persona con malas artes.

CREONTE Que no tenga yo gozo alguno, sino que muera maldito, si he hecho contra ti algo de lo que me acusas.

YOCASTA Por los dioses, Edipo, créelo, respetando ante todo su juramento, y luego a mí y a éstos que se encuentran ante ti.

CORO *Haz caso, señor, y ten sensatez, te lo suplico.*

EDIPO *¿En qué quieres que ceda?*

CORO *En respetar a éste, que antes no era un necio y ahora es grande por el juramento prestado.*

EDIPO *¿Sabes lo que pides?*

CORO *Lo sé.*

EDIPO *Explícame qué quieres decir.*

CORO *Que a un pariente querido no lo acuses ni deshonres por una oscura historia.*

EDIPO *Has de saber que, al pedir esto, pides mi ruina o mi destierro.*

CORO *¡No, por el más alto de los dioses, el Sol! ¡Tenga yo la peor muerte, abandonado por los dioses y por los amigos, si éste es mi sentir! Pero mi patria que perece angustia mi alma desgraciada, si se añaden infortunios recientes a los antiguos.*

EDIPO Váyase, pues, aunque sea yo el que haya de morir o ser desterrado sin honor de esta tierra. Son tus lastimeras palabras, no las tuyas, las que yo compadezco. Él, donde quiera que se halle, me resultará odioso.

CREONTE Está claro que cedés con rencor pero, cuando superes la cólera, te sentirás mal. Caracteres como el tuyo son los que más dolor se causan a sí mismos.

EDIPO ¿No me dejarás ya y te irás de aquí?

CREONTE Me iré sin conseguir que me comprendas, aunque para éstos sigo siendo el mismo de siempre.

YOCASTA Por los dioses, señor, dime por qué motivo estás tan encolerizado.

EDIPO Te lo diré. Pues por ti siento mayor respeto que por éstos, por Creonte y por lo que ha urdido en mi contra.

YOCASTA Habla, si es que acusándole vas a explicar con precisión la pelea.

EDIPO Afirma que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA ¿Lo supo él personalmente, o lo ha sabido por otro?

EDIPO Me envió un maligno adivino, pues él no me ha acusado con sus propias palabras.

YOCASTA Despreocúpate de lo que dices, Edipo, y entérate de que no hay mortal que tenga dote adivinatoria alguna. Te voy a dar pruebas de ello de forma breve. Una vez le llegó un oráculo a Layo –no diré del propio Febo, pero sí al menos de sus servidores– diciendo que era su destino morir a manos del hijo que nacería de mí y de él. Pero a él, según el rumor, le asesinaron unos extranjeros en una encrucijada de caminos; en cuanto al niño, no habían pasado tres días desde su nacimiento cuando Layo hizo que lo arrojaran a un monte inaccesible con los pies atados. Por tanto, no logró Apolo que aquél se convirtiera en asesino de su padre, ni que Layo, como era su temor, muriera a manos de su hijo. Esos fueron los avisos del oráculo, de los cuales no debes preocuparte; lo que un dios descubre que es preciso, lo revela él mismo sin más.

EDIPO ¡Qué inquietud del alma, qué turbación me ha sobrevenido, esposa mía, al escucharte ahora!

YOCASTA ¿Qué preocupación te turba para decir esto?

EDIPO Me ha parecido oírte que Layo fue asesinado en una encrucijada de caminos.

YOCASTA Así se dijo entonces y no ha dejado de decirse.

EDIPO ¿Conoces tú el lugar en el que tuvo lugar ese suceso?

YOCASTA El país se llama Fócide; allí se juntan los caminos de Delfos y de Daulis.

EDIPO ¿Cuánto hace que ocurrió?

YOCASTA Un poco antes de que tú aparecieses y te hicieras con el poder del país, se hizo público esto en la ciudad.

EDIPO ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

YOCASTA ¿Qué es lo que te preocupa, Edipo?

EDIPO No me hagas preguntas ahora. ¿Qué aspecto tenía Layo y qué edad tenía?

YOCASTA Era alto, comenzaban ya a blanqueársele las sienes, su figura no difería mucho de la tuya.

EDIPO ¡Desgraciado de mí! Me parece que, sin saberlo, hace un momento he proferido contra mí mismo terribles maldiciones.

YOCASTA ¿Qué dices? Tiemblo al mirarte, señor.

EDIPO Mucho me descorazona el temor de que el adivino hiciera bien sus predicciones. Tú me lo vas a aclarar más, si una sola cosa me explicas.

YOCASTA Tengo miedo pero, si lo sé, responderé a lo que preguntes.

EDIPO ¿Iba solo o con una escolta numerosa, como corresponde a un rey?

YOCASTA Cinco eran en total y entre ellos había un heraldo; una sola carroza conducía Layo.

EDIPO ¡Ay, esto está ya claro! Mujer, ¿quién fue el que os contó la historia?

YOCASTA Un sirviente, que fue el único que se salvó y regresó.

EDIPO ¿Se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA De ningún modo. En cuanto llegó y vio que tú detentabas el poder a la muerte de Layo, me suplicó, cogiéndome la mano, que lo enviase al campo como pastor de los rebaños, a fin de estar alejado de esta ciudad. Y yo lo envié, pues, aunque esclavo, era un hombre merecedor de una merced como ésta y aún mayor.

EDIPO ¿Cómo podría venir ante nosotros enseguida?

YOCASTA Eso es fácil, pero ¿para qué lo quieres?



EDIPO Temo, mujer, haber dicho demasiadas cosas; quiero verlo.

YOCASTA Vendrá, pero también yo merezco saber lo que te inquieta, señor.

EDIPO No te verás privada de ello, una vez que he llegado a este presentimiento, pues ¿a quién mejor que a ti podría hablar en este trance? Mi padre era Pólipo, el corintio, y mi madre la doria Mérope. Era tenido por el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me aconteció el siguiente suceso, digno de admiración, aunque no de preocupación por mi parte: en un banquete, un hombre ebrio me dijo que yo no era hijo verdadero de mi padre. Yo, afligido, apenas me contuve ese día y, al siguiente, fui a mis padres y les pregunté. Ellos llevaron muy a mal la ofensa proferida por él. Yo quedé satisfecho con sus respuestas, sin embargo, esa ofensa me seguía molestando, pues se había extendido mucho. A escondidas de mi padre y de mi madre me encaminé a Delfos; y Febo, a lo que le pregunté, nada me respondió, mas reveló otras desdichas terribles y lamentables: que yo me habría de unir a mi madre y haría tendría hijos odiosos a los hombres, y que sería el asesino del padre que me engendró.

Cuando oí esto, huí de Corinto guiándome por las estrellas hacia donde jamás viera cumplirse la vergüenza de mi oráculo. Caminando llegué al lugar en que tú dices que murió el rey. A ti, mujer, te voy a decir la verdad: cuando estaba cerca de esa encrucijada, me topé con un heraldo y un hombre montado en una carroza tirada por caballos, como tú dices; el que venía delante y el propio anciano quisieron apartarme por la fuerza del camino. Yo golpeé con ira al que me echaba fuera, y al verlo el anciano, al pasar a su lado, me clavó en mitad de la cabeza su aguijón de doble púa. Pero no obtuvo igual castigo, pues le golpeé con mi bastón y cayó de espaldas desde lo alto de la carroza rodando por tierra. Luego di muerte a todos los demás. Si con ese extranjero tenía Layo algún parentesco, ¿qué hombre es ahora mas desgraciado que yo? ¿Qué hombre existiría más odioso a los dioses? A ninguno, ni extranjero ni ciudadano, le está permitido

permitido acogerme ni dirigirme la palabra, sino que han de expulsarme de sus casas. Y no fue ningún otro, sino yo, quien profirió esas maldiciones... contra mí mismo. Con mis manos, por las que pereció, mancillo el lecho del muerto. ¿Es que no soy un ser malvado? ¿Es que no soy absolutamente impuro, si he de partir al destierro y durante mi destierro no me está permitido ver a los míos, ni pisar mi patria, so pena de unirme en matrimonio a mi madre y matar a mi padre, Pólipo, que me crió y dio el ser? ¿Es que no tendría razón quien juzgase que esto es obra de una deidad cruel contra mí? ¡De ninguna manera, de ninguna manera, oh dioses venerables, llegue yo a ver ese día! ¡Desaparezca de la vista de los hombres antes de verme alcanzado por tal mancha de infortunio!

CORIFEO Todo esto, señor, nos causa miedo; pero, hasta que no lo sepas del que lo presencié, ten esperanza.

EDIPO Tan sólo esa esperanza me queda: aguardar al pastor.

YOCASTA Y cuando se presente, ¿qué pretendes hacer?

EDIPO Te lo diré: si dice lo mismo que tú, yo no sería el culpable; pues dijiste que declaró que lo mataron unos bandidos. Si ahora dice las mismas palabras, yo no lo maté; pero si habla de un hombre solitario, no hay duda de que el crimen lo cometí yo.

YOCASTA Ten claro que ese relato fue el que hizo público y no puede desmentirlo, pues toda la ciudad, no yo sola, lo escuchó. Mas si se desdice de su antiguo relato, en todo caso no probará que la muerte de Layo sucediera conforme a la respuesta del oráculo, puesto que Apolo dijo que había de morir a manos de mi hijo. Y, sin embargo, no fue aquel infortunado quien le dio muerte, sino que él mismo murió antes. Por tanto, en lo que toca a los oráculos, no me interesa si dicen una cosa o luego dicen lo contrario.

EDIPO Dices bien; sin embargo, haz llamar al pastor y no descuides este asunto.

YOCASTA Lo haré venir de inmediato, pero entremos en palacio. Nada haré que no sea de tu agrado.

CORO *¡Ojalá me acompañe la suerte de tener venerable pureza en todas mis palabras*

*y en todas mis obras...  
son leyes de los dioses!  
Al tirano lo engendra el orgullo,  
un orgullo saciado en exceso,  
mas suplico a los dioses  
que sigan cuidando  
la gran ciudad de Tebas.  
Si alguien marcha insolente, sin santo temor  
por todos los dioses o por la Justicia,  
que un duro destino se abata sobre él,  
imalvado arrogante!;  
si es injusto y no aparta de sí la impiedad,  
y es necio y destroza la cosas sagradas,  
reciba el divino castigo o, si no,  
que cesen mis danzas, comience el dolor.  
Ya no iré reverente hacia Delfos,  
el ombligo sagrado del mundo,  
ni a los templos de Abas,  
ni a la ilustre Olimpia...  
¡Destruyen nuestros templos!  
Pues perece el recuerdo de Layo,  
se derrumban su sacros misterios;  
tú, que todo lo escuchas  
y todo lo puedes,  
¡Oh Zeus, salva a los dioses!*

YOCASTA Nobles de Tebas, he decidido visitar los templos de los dioses llevando en mis manos estos ramos de suplicante y estas ofrendas de incienso, pues el corazón de Edipo está en exceso agitado por todo tipo de penas. Dado que nada logro con mis consejos, acudo a ti, Apolo Licio, puesto que eres el más próximo, cual suplicante, a fin de que nos procures una liberación de nuestra impureza. Pues ahora todos estamos temerosos al ver al rey temblando, al igual que se teme cuando se ve temblar al piloto de una nave.

MENSAJERO ¿Podrías decirme, extranjeros, dónde está el palacio de Edipo, o mejor, dónde está él, si lo sabéis?

CORIFEEO Éste es su palacio, extranjero, y él se halla dentro. Ésta es su mujer y la madre de sus hijos.

MENSAJERO Dichosa sea ella y los que con ella están, siendo su legítima esposa.

YOCASTA Lo mismo te deseo, extranjero, pues a ello eres acreedor por tu amabilidad, pero dime por qué has venido y qué quieres comunicarme.

MENSAJERO Buenas noticias para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA ¿Cuáles? ¿De dónde vienes?

MENSAJERO De Corinto. La historia que te contaré probablemente te alegre -¿cómo no sería así?-, aunque quizás te apene.

YOCASTA ¿Qué es? ¿Cómo tiene esa doble cualidad?

MENSAJERO Los habitantes de la tierra del Istmo van a hacerlo su rey, según se decía allí.

YOCASTA ¿Cómo? ¿No continúa en el trono el anciano Pólipo?

MENSAJERO No, ya que la muerte lo ha llevado al sepulcro.

YOCASTA ¿Cómo dices? ¿Ha muerto Pólipo?

MENSAJERO Merezca yo morir si no digo la verdad.

YOCASTA Criada, entra enseguida y comunícaselo al rey? ¡Oráculos divinos! ¿Dónde estáis? Hace tiempo que Edipo, por temor de matar a ese hombre, se exilió, y ahora Pólipo ha muerto a manos de la fortuna, no suya.

EDIPO Mi muy amada esposa Yocasta, ¿por qué me has hecho venir aquí desde palacio?

YOCASTA Escucha a este hombre y, tras escucharlo, observa a dónde han ido a parar los sagrados oráculos del dios.

EDIPO ¿Quién es éste, y qué quiere decirme?

YOCASTA Viene de Corinto para anunciarte que tu padre Pólipo ya no existe, que está muerto.

EDIPO ¿Qué dices, extranjero? Explícate tú mismo.

MENSAJERO Si es preciso que te anuncie esto lo primero, ten por seguro que aquél ha muerto.

EDIPO ¿Víctima de una emboscada, o por una enfermedad?

MENSAJERO Un leve ataque rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO Por una enfermedad pereció el desdichado.

MENSAJERO Y por haber cumplido muchos años.

EDIPO ¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué iba alguien a prestar atención, mujer, al altar de la Pitia adivina o al graznar en el cielo de las aves, según los cuales yo habría de matar a mi padre? Él, muerto, duerme ahora bajo tierra; y yo estoy aquí, sin haberlo tocado con mi lanza, a no ser que haya perecido por añorarme; en ese caso, habría muerto por mi

causa. En fin, Pólipo se ha llevado consigo estas profecías, que nada valen, y yace en el Hades.

YOCASTA ¿No te lo predije yo?

EDIPO Lo dijiste, pero yo estaba confundido por el miedo.

YOCASTA Nada de eso albergues ya en tu corazón.

EDIPO ¿Y cómo no me ha de angustiar lo del matrimonio con mi madre?

YOCASTA No temas a la boda con tu madre; son muchos los que en sueños se han unido a su madre. El que a estas cosas no da valor, vive más tranquilamente.

EDIPO Eso estaría bien dicho si no viviera ya mi madre, pero, como aún vive, es necesario que sienta temor, aunque hayas hablado acertadamente.

YOCASTA Pero la muerte de tu padre es un gran signo de esperanza.

EDIPO Grande, lo reconozco, pero el que ella viva.

MENSAJERO ¿A qué mujer temes tanto?

EDIPO A Mérope, anciano, la esposa de Pólipo.

MENSAJERO ¿Qué es lo que de ella te da miedo?

EDIPO Un cruel oráculo divino, extranjero.

MENSAJERO ¿Se puede decir? ¿O no es lícito que otro lo conozca?

EDIPO Sí lo está. Me dijo Apolo que yo habría de unirme con mi propia madre y verter con mis manos la sangre de mi padre. Por eso habito lejos de Corinto desde hace muchos años; me va bien, sin embargo, me resultaría agradable contemplar los rostros de mis padres.

MENSAJERO ¿Por miedo a eso vives en el destierro?

EDIPO Para no ser, anciano, el asesino de mi padre.

MENSAJERO ¿Por qué, señor? ¿No te he liberado ya de ese miedo?

EDIPO Sin duda obtendrás de mí una digna recompensa.

MENSAJERO Con ese fin precisamente vine, para gozar de buena posición cuando regreses a tu patria.

EDIPO Jamás iré a reunirme con mis padres.

MENSAJERO Está claro que no sabes lo que haces...

EDIPO ¿Por qué, anciano? Por los dioses, explícamelo.

MENSAJERO ...si por eso rehúyes regresar a tu casa.

EDIPO Temo que Apolo resulte certero.

MENSAJERO ¿Sabes que no tienes razón para temer a nada?

EDIPO ¿Cómo no he de tenerla, si soy hijo de esos padres?

MENSAJERO Porque no tienes ningún parentesco con Pólipo.

EDIPO ¿Cómo dices? ¿No fue Pólipo mi padre?

MENSAJERO No más que yo.

EDIPO ¿Por qué entonces me llamaba hijo?

MENSAJERO Porque, entérate, te recibió de mis manos como un regalo.

EDIPO ¿Y habiéndome recibido de manos de otro, cómo es que me amó tanto?

MENSAJERO Su falta de hijos le movió a amarte tanto.

EDIPO ¿Me compraste o me hallaste en algún sitio?

MENSAJERO Te encontré en los boscosos valles del Citerón.

EDIPO ¿Y por qué recorrías aquellos parajes?

MENSAJERO Apacentaba los rebaños en los montes.

EDIPO ¿Eras pastor, un hombre errante que trabajaba por jornal?

MENSAJERO Sí, y en aquel momento fui tu salvador, hijo.

EDIPO ¿Y qué dolor sufría cuando me cogiste en tus brazos?

MENSAJERO Las articulaciones de tus pies te darán prueba de ello.

EDIPO ¡Ay de mí! ¿Por qué mencionas ese antiguo mal?

MENSAJERO Te liberé: tenías atravesados los pies.

EDIPO ¡Terrible afrenta recogí de mis pañales!

MENSAJERO Como que por este hecho recibiste el nombre que tienes.

EDIPO ¡Por los dioses! ¿Fue obra de mi padre o de mi madre? Dímelo.

MENSAJERO No lo sé, el que te entregó a mí lo sabe mejor que yo.

EDIPO ¿Es que me recibiste de otro y no me encontraste tú mismo?

MENSAJERO No, otro pastor te entregó a mí.

EDIPO ¿Quién fue? ¿Me lo puedes decir?

MENSAJERO Uno de los pastores de Layo, se decía.

EDIPO ¿Del antiguo rey de este país?

MENSAJERO Sin duda.

EDIPO ¿Y está aún vivo para poder verle?

MENSAJERO Vosotros, los de aquí, lo sabréis mejor.

EDIPO ¿Existe alguno de los aquí presentes que conozca al pastor del que habla? Decidlo, es el momento de que esto se descubra.

CORIFE0 Creo que no es otro que el del campo, el que antes trababas de ver. Pero Yocasta, que está aquí, te lo podrá decir mejor.

EDIPO ¿Conoces, mujer, al que hace poco mandamos a buscar?  
¿Es el que éste dice?

YOCASTA ¿Qué importa a quién se refiera? No te preocupes. De las bobadas que se han dicho no quieras ni acordarte.

EDIPO No sucederá que yo, conociendo estos indicios, deje de descubrir mi origen.

YOCASTA Por los dioses, si en algo te importa tu vida, no investigues nada de eso; bastante es mi desgracia.

EDIPO Ten valor: aunque se revele que soy hijo de tres generaciones de esclavos, no por eso tu estirpe será peor.

YOCASTA Con todo, hazme caso, te lo suplico; no lo hagas.

EDIPO No te haré caso en lo de no saber esto con precisión.

YOCASTA Te lo digo porque sé lo que más te conviene.

EDIPO Pues lo que más me conviene me atormenta desde hace tiempo.

YOCASTA ¡Desdichado, ojalá nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO Que vaya alguien y me traiga aquí al pastor. Dejad que ésta se regocije con su opulento linaje.

YOCASTA ¡Ay, desdichado! Sólo esto puedo decirte; en adelante ya no te diré nada más.

CORIFEYO ¿Por qué se ha ido, Edipo, tu mujer, atormentada por un salvaje dolor? Temo que de su silencio estallen desdichas.

EDIPO Que estalle lo que quiera. Yo quiero conocer mi origen, por humilde que sea. Quizás ésta, que, como mujer, se da aires de grandeza, se avergüenza de mi humilde origen. Yo, que a mí mismo me tengo por hijo de la Fortuna, que ha sido generosa conmigo, no me sentiré deshonrado.

Mas creo ver al pastor que hace tiempo buscamos. Su vejez resulta acorde con la de este mensajero; además, reconozco a los que le conducen como criados míos. Quizá tú tengas ventaja para reconocerlo, pues lo viste otras veces.

CORIFEYO Lo reconozco, tenlo por seguro. Era pastor de Layo, fiel como ningún otro.

EDIPO Extranjero de Corinto, ¿te referías a ése?

MENSAJERO Sí, a ése que ves.

EDIPO Mírame y contesta, anciano: ¿eras siervo de Layo?

CRIADO Sí, era un esclavo no comprado, sino criado en palacio.

EDIPO ¿De qué te ocupabas, qué clase de vida llevabas?

CRIADO La mayor parte de mi tiempo acompañaba a los rebaños.

EDIPO ¿Qué lugares eran los que más frecuentabas?

CRIADO El Citerón y sus cercanías.

EDIPO Entonces, ¿conoces a este hombre por haberlo visto allí?

CRIADO No; al menos, no puedo asegurarlo así, en este momento.

MENSAJERO Nada tiene de extraño, señor; pero yo le haré acordarse claramente, aunque ahora no me reconozca. Seguro que recuerda cuando yo fui su vecino en el Citerón durante seis meses; desde la primavera hasta el otoño. Yo tenía dos rebaños y él uno; en invierno llevaba mis rebaños a mi aprisco y él al de Layo. ¿Es eso cierto?

CRIADO Dices la verdad, aunque hace mucho tiempo.

MENSAJERO Dime ahora. ¿Reconoces que entonces me entregaste un niño para que lo criase como mi propio hijo?

CRIADO ¿A qué viene esto? ¿Para qué mencionas esa historia?

MENSAJERO Éste, amigo, es el que entonces era un niño.

CRIADO ¿No te morirás? ¿No callarás?

EDIPO No le reprendas, anciano; son tus palabras, más que las tuyas, las que merecen un castigo.

CRIADO ¿En qué te faltó, señor?

EDIPO No hablando de aquel niño por el que te pregunta.

CRIADO Habla sin saber nada, se esfuerza en vano.

EDIPO Si por las buenas no hablas, lo harás por las malas.

CRIADO Por los dioses, no me ultrajes. Soy un anciano.

EDIPO ¡De prisa! ¡Que alguien le ate las manos!

CRIADO ¿Por qué, desdichado de mí? ¿Qué quieres saber?

EDIPO ¿Le entregaste a éste el niño del que habla?

CRIADO Se lo entregué. ¡Ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO Así vas a acabar si no me dices la verdad.

CRIADO Mucho más moriré si te la digo.

EDIPO Este hombre nos está haciendo perder el tiempo.

CRIADO De ninguna manera, ya te dije que se lo entregué.

EDIPO ¿De dónde lo cogiste? ¿Era hijo tuyo o de algún otro?

CRIADO NO era mío, lo recibí de manos de otro.

EDIPO ¿De cuál de estos ciudadanos? ¿De qué casa?

CRIADO ¡Señor, por los dioses, no me preguntes más!

EDIPO Date por muerto si me haces repetir esa pregunta.

CRIADO Era un hijo... de la casa de Layo.

EDIPO ¿Esclavo, o nacido de su propia sangre?  
 CRIADO ¡Ay! ¡Estoy ante lo más horrible de decir!  
 EDIPO Y yo de oír, pero a pesar de ello he de oírlo.  
 CRIADO Decían que era su hijo, pero tu mujer, que está dentro,  
 es la que mejor te podría decir si eso es así.

EDIPO ¿Fue ella quien te lo entregó?  
 CRIADO Sí, rey.  
 EDIPO ¿Con qué finalidad?  
 CRIADO Para que lo matase.  
 EDIPO ¿A su propio hijo, la desgraciada?  
 CRIADO Por miedo a unas funestas profecías.  
 EDIPO ¿A cuáles?  
 CRIADO Se dijo que mataría a su padre.  
 EDIPO ¿Y por qué se lo diste tú a este anciano?  
 CRIADO Por compasión, señor, esperando que lo llevara a otro  
 país, al suyo. Pero él lo salvó para un destino infausto. Si  
 eres el que él dice, ten presente que has nacido con mal  
 sino.

EDIPO ¡Ay, todo está claro! ¡Oh luz, esta es la última vez que  
 quiero verte, pues todos han visto que nací de los que no  
 debía, tuve trato con los que no debía y he matado a los  
 que no debía!

CORO *Oh seres mortales, igual que la nada  
 os juzgo viviendo esta vida.  
 Pues ¿quién, qué hombre  
 feliz aparenta, mas luego  
 le aguarda la muerte?  
 Tu sino y tu historia me sirven de ejemplo:  
 jamás llamaré a un hombre feliz.  
 Edipo, Edipo, desdichado Edipo,  
 ¿quién tendrá jamás una historia más triste?  
 Oh tú, que alcanzaste la gloria más alta  
 habiendo matado a la Esfinge,  
 tú fuiste mi rey,  
 pero ahora tu vida, tu vida  
 ha cedido a la muerte.  
 Edipo, Edipo, desdichado Edipo,  
 hijo y esposo y padre afligido,  
 el tiempo arrogante que todo lo juzga  
 condena tu boda,*

CRIADA

*condena tu estirpe.  
 Hoy mi canto es un canto de duelo  
 por ti, desdichado Edipo.*

¡Oh, los que mayor honra recibís de este país! ¡Qué sucesos vais a escuchar, qué escenas vais a contemplar, qué dolor sentiréis si aún, como tebanos, os importa la familia de Lábdaco! ¡Ha muerto nuestra reina Yocasta a manos de sí misma...! Cuando, fuera de sí, atravesó el vestíbulo, marchó derecha a su lecho de esposa, arrancándose el cabello con ambas manos; y cuando entró, cerrando la puerta con violencia, invocó al viejo Layo y recordó su antigua simiente, por la que, por un lado, él mismo encontró la muerte y, por otro, la dejó para que engendrarse con su propio hijo una malhadada descendencia. Lloraba por su lecho, donde, para su desgracia, de su marido tuvo un marido e hijos de su propio hijo. Cómo murió tras esto, no lo sé, porque entonces irrumpió gritando Edipo y por su causa no me fue posible contemplar la muerte de la reina. Todos dirigimos las miradas hacia él, que iba de un lado a otro pidiendo una espada y preguntando dónde estaba la mujer de la que habían nacido él y sus hijos. Algún dios debió indicarle al rey enloquecido dónde estaba; y él, con un grito salvaje, se lanzó contra la puerta de dos hojas y, arrancando los goznes, entró en la alcoba. Allí vimos ahorcada a su mujer, colgada de una soga. Al verla, con un grito de horror soltó la soga, y cuando la infeliz yació en el suelo, fue terrible lo que allí vimos. Arrancándole de su vestido las doradas fíbulas que lo adornaban, las clavó en sus ojos gritando que así no verían los males que sufrió ni los que hizo y que, en adelante, sumidos en la oscuridad, habrían de ver a los que no debían, y no habrían de reconocer a los que deseaba. Profiriendo estas lamentaciones, una y otra vez se golpeaba y desgarraba los ojos, tiñendo de sangre sus mejillas. No fluían gotas de sangre fresca, sino que una oscura lluvia y un sanguinolento granizo lo bañaban. Estos horrores han nacido de dos, no de uno solo; son comunes al marido y a su esposa. Su antigua felicidad fue en un tiempo verdadera, pero aho-

ra, desde este día, es llanto, castigo, muerte, infamia... de cuantos nombres de desdicha existen, ninguno falta.

Nos pide abrir las puertas, nos pide que mostremos a todos los tebanos al parricida, al de su madre... —no puedo repetir esa palabra impura—; dice que va a desterrarse y que no se quedará maldito en el palacio, bajo su propia maldición. Sin embargo, necesita de alguien que le guíe: su mal no puede soportarse. Te lo hará ver a ti; se abren las puertas del palacio y vas a contemplar un espectáculo tal, que incluso quien lo odiase tendría piedad por él.

CORO *iOh padecimiento terrible de contemplar para los hombres! iOh, el más terrible de cuantos yo haya visto! Desdichado, ¿qué locura te sobrevino? ¿Qué divinidad, poderosa entre las más poderosas, es la que se ha sumado a tu infausto destino? iAy, desdichado! Ni siquiera soy capaz de mirar hacia ti, aunque muchas cosas quiero preguntarte, muchas saber, muchas ver. Tal es el pavor que me causas.*

EDIPO *iAy, desdichado de mí! ¿A que país iré en mi desdicha? ¿Hacia dónde vuela mi voz llevada por el aire? iOh, divinidad! ¿Dónde me precipitaste? iAy, nube de oscuridad abominable, que sobre mí se abate de forma inefable, invencible, arrastrada por un funesto viento! iAy de mí! ¿Cómo me atraviesa al mismo tiempo el dolor de la herida y el recuerdo de mis desgracias!*

CORIFEEO Nada de extraño tiene que en estos infortunios llores y sufras un doble mal.

EDIPO *iAy, amigo! Tú eres ya mi único compañero. Aún tienes paciencia para preocuparte de este ciego. No me pasas inadvertido, sino que, aún en las tinieblas, reconozco tu voz.*

CORIFEEO ¡Terribles acciones cometiste! ¿Cómo te atreviste a dañar así tus ojos? ¿Cuál de los dioses te incitó a ello?

EDIPO *Fue Apolo, amigos míos. Fue Apolo el que me trajo mis males y mis sufrimientos. Mas nadie hirió mis ojos más que yo, desgraciado de mí. ¿Por qué debía ver yo, que ya nada dulce podría ver con mi mirada? Llevadme fuera del país lo más rápido posible; apartad, amigos, a este criminal, a este ser maldito, el más odioso de entre los mortales para los dioses.*

CORO  
EDIPO

*iDesdichado, Ojalá nunca te hubiera conocido! Ojalá pereciera el que quitó la cruel atadura de mis pies y así me libró de la muerte. Ese favor no se lo agradezco. Si hubiera muerto entonces, no habría sido causa dolor para mis seres queridos, ni para mí mismo. No me habría convertido en asesino de mi padre, ni en esposo de la que me dio el ser. Ahora soy maldito para los dioses, hijo de una madre impura y esposo de mi propia madre. Si hay un infortunio que sea mayor que otro, ése a Edipo en suerte le ha tocado.*

CORIFEEO No puedo asegurar que hayas tomado una decisión acertada, pues te sería mejor haber muerto que vivir ciego.

EDIPO No me digas que no he obrado de la mejor forma posible ni me des más consejos. No sé con qué ojos habría podido mirar a la cara a mi padre ni a mi desdichada madre cuando hubiera llegado al Hades, pues las acciones que contra ambos realicé merecen más que la horca. ¿Acaso la visión de mis hijos, engendrados como lo fueron, me iba a ser grata de ver? De ninguna manera; con mis ojos, nunca. Ni tampoco la ciudad, ni la fortaleza, ni las sagradas estatuas de los dioses; de ello me he privado yo, el más noble de los hijos de Tebas, cuando yo mismo ordené que todos rechazaran al impío, a quien los dioses mostraron impuro y perteneciente a la estirpe de Layo. Habiendo encontrado en mí tal mancha, ¿podría mirarlos de frente con mis ojos? En absoluto. ¡Oh nupcias, nupcias! Me disteis el ser y, germinando de nuevo, produjisteis la misma semilla y sacasteis a la luz padres, hermanos, hijos, sangre de común estirpe, y novias que son esposas y madres, y cuantas acciones más abominables existen entre los hombres. Por los dioses, ocultadme en algún sitio fuera de aquí lo más rápido que podáis, o matadme, o arrojadme al mar, donde nunca en adelante me veáis. ¡Acercaos, dignaos tocar a un hombre desgraciado! ¡Oídme, no temáis, pues mis desgracias ninguno de los hombres, salvo yo, puede sufrirlas!

CORIFEEO Respecto a lo que pides, aquí llega Creonte para actuar y decidir, ya que es el único que ha quedado en lugar tuyo como guardián de este país.

EDIPO ¡Ay! ¿Qué palabras le diré? ¿Qué podré hacer para inspirarle confianza si antes fui en todo injusto contra él?

CREONTE Edipo, no he venido a burlarme de ti ni a reprocharte tus faltas. Pero si ya no sentís pudor ante las generaciones de los mortales, respetad al menos el resplandor del soberano Helios que todo lo nutre. No dejéis ver así a este ser impuro, a quien ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogen. Llevadlo de inmediato dentro de palacio, pues sólo la familia puede, sin faltar a la piedad, ver y escuchar los males de los suyos.

EDIPO Puesto que me has quitado mi temor viniendo, tú el más noble, a mí, el más vil, concédeme un favor, pues es en beneficio tuyo y no mío.

CREONTE ¿Qué quieres obtener de mí?

EDIPO Arrójame fuera de este país, sin demora, adonde no pueda dirigir la palabra a ningún mortal.

CREONTE Ya lo habría hecho, ten la seguridad de ello, si no fuera preciso preguntar antes al dios qué se ha de hacer.

EDIPO Absolutamente clara fue su respuesta: aniquilarme a mí, el parricida, el impío.

CREONTE Así se dijo; sin embargo, en esta situación, es preferible peguntarle qué hay que hacer.

EDIPO ¿Vais a pedirle una respuesta sobre un infortunado como yo?

CREONTE Sí, así también tú ahora crearás al dios.

EDIPO Te encomiendo y te suplico que entierres como desees a la que yace en palacio, pues con justicia puedes disponer el entierro de los tuyos. En cuanto a mí, jamás esta ciudad, cuna de mi familia, me cuente entre sus habitantes; deja que viva en las montañas, donde está el Citerón, que mi padre y mi madre en vida dispusieron para que fuera mi propia sepultura, de manera que muera según la voluntad de los que quisieron darme muerte. ¡Cúmplase mi destino, sea cual sea! De mis hijos varones, Creonte, no te preocupes: son hombres, de manera que, donde se hallen, no carecerán de medios de vida. Cuida, en cambio, de mis dos pobres niñas. Déjame que las toque con mis manos y llore mi desdicha. ¡Vamos, señor de noble estirpe! Si con mis manos las toco, crearé tenerlas como cuando veía. ¿Qué digo? ¡Por los dioses! ¿No oigo

llorar a mis queridas niñas? ¿Es que Creonte, por piedad, las ha hecho venir?

CREONTE Sí, así lo he dispuesto.

EDIPO ¡Ojalá seas feliz y te proteja la divinidad mejor que a mí!

CREONTE ¿Dónde estáis, hijas mías? Acercaos. Mi llanto es por vosotras al pensar en las amarguras que os restan por vivir. ¡Hijo de Meneceo, ya que eres el único padre que les queda, pues nosotros, los que las engendramos, hemos muerto, no las iguales a mí en miseria! ¡Compadécete de ellas, al verlas aún tan niñas, sin ayuda de nadie salvo la tuya! ¡Prométemelo, noble señor, ofreciéndome tu mano! A vosotras, mis niñas, si ya tuvierais uso de razón, os daría muchos consejos, pero ahora os deseo que viváis donde el destino os lleve y encontréis mejor vida que la que tuvo vuestro padre, que os dio el ser.

CREONTE Bastantes lágrimas has derramado ya; entra en palacio.

EDIPO ¿Sabes con qué condición entraré?

CREONTE Dime.

EDIPO Con la condición de que me envíes fuera del país.

CREONTE Me pides algo que depende del dios.

EDIPO ¡Yo soy el más odiado por los dioses!

CREONTE Echa a andar; deja ya a tus hijas.

EDIPO ¡No me las quites!

CREONTE No quieras tener poder sobre todas las cosas, pues tampoco aquello sobre lo que tuviste poder te ha acompañado a lo largo de tu vida.

CORIFEYO ¡Habitantes de Tebas, mirad, éste es Edipo! Descifró los famosos enigmas y fue un hombre poderoso, cuya fortuna miraban con envidia todos los ciudadanos. ¡Ved ahora a qué abismo de infortunio ha llegado!

CORO No consideréis feliz a ningún mortal que no haya contemplado aún su último día en tanto no termine su vida sin dolor.

FIN DE  
« EDIPO REY »